

El cuerpo y el espacio social. La ciudad, el barrio y la vivienda.

Aréchaga, Ana Julia¹

Resumen

A partir de pensar el cuerpo como una construcción social, se propone indagar en torno a la relación entre el espacio y el cuerpo. Para ello recurriremos a diversos autores para establecer un primer acercamiento a la problemática. Se propone pensar esta interrelación entre cuerpo y espacio social a partir de tres dimensiones: la ciudad, el barrio y la vivienda (Salazar 1999). Así haremos un breve recorrido por las definiciones de ciudad, espacio, barrio, para establecer una conexión con el cuerpo. En este sentido no se propone fundar reflexiones cerradas y exhaustivas sino primeras aproximaciones que constituyan diversas líneas de reflexión, primeros puntos de conexión que pueden establecerse entre el espacio y el cuerpo, pensado ambos fenómenos como esferas a partir de la cual se reproducen las desigualdades sociales, o se hacen efectivas.

Palabras Claves: Cuerpo- espacio- desigualdades sociales- segregación- reproducción

Introducción

A partir de pensar el cuerpo como una construcción social, se propone indagar en torno a la relación entre el espacio y el cuerpo. Recurriremos a diversos autores para establecer un primer acercamiento a la problemática. Se propone pensar esta interrelación entre cuerpo y espacio social a partir de tres dimensiones: la ciudad, el barrio y la vivienda (Salazar 1999). Así haremos un breve recorrido por estos

¹ Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales (CIMECS)
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP - CONICET).
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE).
Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

conceptos para establecer una conexión con el cuerpo. En este sentido no se busca fundar reflexiones cerradas y exhaustivas sino primeras aproximaciones que constituyan diversas líneas de reflexión.

Este trabajo se enmarca dentro de mi proyecto de investigación que se basa en el estudio del cuerpo y las desigualdades sociales, más específicamente cuáles son las disposiciones que operan en la construcción del cuerpo de sectores pobres.

La ciudad

Todo espacio social, entendido como “el resultado de la acción de los hombre sobre el propio espacio” por medio de objetos naturales y artificiales (Santos, 1996:68), está atravesado por las relaciones desiguales que caracterizan a la sociedad en la cual vivimos. Así, según Pirez (1995), detrás de la urbanización subyacen dos procesos fundamentales: el de la acumulación capitalista y el de la dominación propia de esa forma social.

A su vez, se caracteriza por poseer territorios intraurbanos homogéneos hacia dentro y heterogéneos entre sí, en los que predominará cierta base social. Esa relación entre población y territorio, explicita Pirez, está mediada fundamentalmente por razones estructurales: la relación entre mercado inmobiliario y la posición socio-económica de la población. En la misma dirección, para Salazar (1999) la ciudad es el reflejo del sistema de dominación social y económico, donde se corresponde la estratificación urbana con la estratificación social.

Volviendo a Pirez, para el autor existe una tendencia a la homogeneidad territorial, que llevaría a una configuración de comportamientos donde se produciría una identificación del “nosotros” opuesta al “los otros”. Como consecuencia de esta apropiación simbólica y material, la presencia de los “otros” se percibe como un riesgo a las condiciones de existencia social. Esta forma de segregación espacial tiene su repercusión en el cuerpo: las personas “fuera de lugar” suelen manifestar sentimientos de incomodidad, pudor, o miedo que se percibe en su forma de

caminar, gesticular, manifestándose diferentes grados de soltura corporal.

A su vez, esta identificación de “los otros” se da a partir de un conjunto de características estigmatizables (color de piel, cabellos, formas de caminar, vestimenta, etc.) donde no son las características en sí las que generan el estigma, sino que se valoran de manera desigual según sea la clase a la que se pertenezca; así el sistema de apreciaciones y valoraciones a las que remiten son las que generan el efecto estigmatizador y el consecuente enclasmiento (Aréchaga, 2010).

Existe, entonces, una expresión o manifestación de las clases en el espacio que determinará las zonas de circulación que se les permite a determinados cuerpos vinculados con las representaciones que tienen los grupos sociales de algunos espacios y que se retraducen, entre otras cosas, en la comodidad con que los sujetos se desplazan.

En relación a esto Bourdieu en “Efectos de lugar” manifiesta que el espacio “es uno de los lugares donde se afirma y ejerce el poder, y sin duda en la forma más sutil, la de la violencia simbólica como violencia inadvertida” (2010: 122). Esta violencia es inadvertida porque los espacios arquitectónicos interpelan al cuerpo directamente, generando efectos de distancia y acercamiento que son naturalizados e incorporados por la fuerza de lo objetual/material.

A su vez, podríamos agregar, que los parámetros corporales que son tomados para el diseño arquitectónico devienen de una concepción hegemónica del cuerpo, que muchas veces se explicita como “parámetros corporales estándar”².

En relación con esto, Richard Sennett (1997) en *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* analiza, en diferentes épocas, la imbricación entre los diferentes paradigmas de cuerpo y las configuraciones del espacio urbano. Focaliza un problema fundamental en relación a la civilización occidental

² Un ejemplo de ello lo constituye el sistema de medidas tomadas por Le Corbusier en la obra *El modulator* (donde el referente es un hombre cuya altura es de 1.82 metros).

que lo vincula con la incapacidad de tener en cuenta la diversidad de cuerpos humanos.

Específicamente en la sociedad contemporánea Sennet plantea el problema de la privación sensorial: el embotamiento, la monotonía y la esterilidad táctil que aflige al entorno urbano. Así, esta mutua relación entre cuerpo y ciudad contemporánea da por resultado cuerpos pasivos relacionados con las tecnologías del movimiento, que, a su vez, incrementan el temor al roce.

Resulta interesante pensar junto a este autor cómo “las relaciones espaciales de los cuerpos humanos determinan en buena medida la manera en que las personas reaccionan unas respecto a otras” (1997:19). Explicita que aquellos cuerpos marcados por la experiencia son cuerpos activos que suelen generar rechazo. Haciendo un paralelismo, podríamos pensar cómo la pobreza marca y constituye cuerpos, que suelen generar incomodidad en los habitantes de los centros urbanos y que son percibidos como “los otros”: la transposición del límite espacial “genera el conflicto del inesperado” (Scribano 2008).

Hasta aquí, podríamos decir que el espacio pone de manifiesto la estructura social, y así las distancias sociales se afirman en distancias espaciales. Estas distancias son incorporadas por los habitantes de la ciudad que tienden a reconocer las zonas por las cuáles se deben o no circular y las maneras de estar en cada lugar.

El barrio

El barrio, a la vez que una zona delimitada dentro de una ciudad, constituye parte de la identidad de los sujetos. Las divisiones que se generan entre los barrios, como plantean Decándido y Ambort (2006), no son arbitrariamente simbólicas, sino que se instituyen a partir de “cualidades visibles que aportan una caracterización social del territorio como la pavimentación o no de las calles, el alumbrado público, el acceso a los servicios como el gas, agua, cloacas, las características de las viviendas, los espacios baldíos, etc” (Pavcovich, 2006: 137).

Esos criterios se vuelven líneas divisorias físicas y simbólicas que van a constituir percepciones enclasadadas que se asientan sobre condiciones materiales enclasantas.

Desde otro ángulo Daniela Soldano plantea que a partir del proceso de “territorialización” de las condiciones de vida de los sectores populares, el espacio barrial no hizo más que reforzar la segregación residencial y económica de sus habitantes. Asimismo “se debilitaron aún más los lazos de estos ciudadanos y trabajadores con ‘el afuera’” (2010: 380), como producto del aislamiento y las propias lógicas que se han ido dando en los barrios. La autora ejemplifica diciendo que:

abandonar o renunciar a la búsqueda de empleo y ocuparse cotidianamente en la obtención del alimento y de otros recursos (...) significó la pérdida del horizonte de integración a la sociedad y la confirmación subjetiva del relevamiento y el aislamiento (2010: 380-381).

Estas confirmaciones subjetivas de aislamiento y segregación tienen efectos sobre los propios cuerpos en la manera en que son autoconcebidos- los modos en que se describen, la estima de sí- y se retraducen en determinados gestos como por ejemplo las formas de mirar, el espacio (físico y temporal) que se utiliza para hablar, el tono de voz. A su vez, este aislamiento se da por la identificación de “zonas rojas” producto de la estigmatización, donde no ingresan ni la policía, ni los prestadores de servicios (taxis, recolectores de basura). Es decir, la segregación espacial plantea tanto problemas para el ingreso al barrio, como para su salida.

El análisis de los espacios habitados nos habla de las prácticas cotidianas, así como también de las presencias y ausencias, los límites y las posibilidades, un análisis de las instituciones que se encuentran en los diferentes barrios nos habla mucho de estas prácticas. Por ejemplo, en los barrios de sectores pobres es común la presencia de determinadas instituciones vinculadas con condiciones socioeconómicas “que se levantan como recursos alternativos en el contexto de

situaciones de carencia o de vulnerabilidad” (Pavcovich, 2006: 123). Se trata de salitas, comedores, clubes de fomento, “zoom” que “naturalizan un estado de pobreza” (Pavcovich, 2006: 123).

Sin embargo, esta afirmación podría relativizarse según sean las prácticas que instituyan dicha institución. Aquí nos interesa focalizarnos en la composición del barrio: hay instituciones que se dan en los barrios pobres que raramente pueden encontrarse en el centro de la ciudad. A riesgo de sonar redundante, hay construcciones materiales (y por ende que materializan) legitimadas por otros (por ejemplo el Estado) que hacen visible/tangible/cotidiana la condición de pobreza. Por último, y de manera sintética, lo público y lo privado cobra diferentes dimensiones según sea la composición social del barrio, basta con ingresar a los barrios más pobres para ver como el alambrado como forma de delimitación del terreno, permite una visibilidad permanente del hogar. Esta publicidad de “lo privado” probablemente genere diferentes modos del cuerpo.

La vivienda

Pasaremos ahora a pensar la relación entre vivienda y cuerpo. En los estudios de la calidad habitacional se define la vivienda por la función de ser “un contenedor de actividades humanas, que provee espacios apropiados, en forma y tamaño (...). Un filtro ambiental [donde] (...) el edificio debe ser satisfactorio en términos térmicos, acústicos, de iluminación, ventilación, etc.” (Amarilla, 1996: 7).

El espacio habitado permite desarrollar las facultades psicológicas (Togneri, 1999). Claramente una vivienda que no cumpla con los requisitos antes esgrimidos, independientemente de que las características en que tales elementos se vuelvan satisfactorios varían de cultura en cultura, repercute en las percepciones que el sujeto tiene de sí mismo, e influye de manera más o menos directa en su cuerpo.

La vivienda debe responder a la organización temporal y espacial en que se satisfacen las exigencias corporales (comer, dormir, ejercer la sexualidad), que se

han modificado a lo largo de la historia, y que como Miguez plantea, se han desarrollado en favor de “las técnicas de restricción del cuerpo”, que implican (e implicaron) cohibirlo de las *expresiones grotescas*. Sin embargo, dicha organización se da de manera desigual según sean las características de la vivienda habitada y por ende, las prácticas que se tienen sobre el cuerpo se vuelven diferentes, y diferenciadoras.

Ruben Gazzoli (2007) analiza cuáles son las implicaciones de que una familia viva en un cuarto de un hotel, reflexiones que pueden extenderse a las viviendas que tienen problemas de hacinamiento.

Entre las problemáticas que se suscitan, las familias carecen de espacios adecuados para la intimidad, así como también los hábitos alimentarios quedan soslayados a las instalaciones que existen para cocinar (por ejemplo la falta de gas hace más común el tipo de alimentación fría). A su vez, “las familias deben convertir a su habitación en un ámbito no especializado para poder desarrollar en él todas las actividades para las que no está acondicionado” (2007: 212).

El autor describe cómo los problemas espaciales afectan a las relaciones familiares, donde lo privado se confunde con lo público, y la convivencia permanente dado el poco espacio, se retraduce en relaciones más hostiles. Otra problemática que suscita es el espacio de juego de los niños, que deben utilizar el ámbito público como compensación del espacio privado, con las dependencias que esto genera (condiciones climáticas, edades apropiadas para cuidarse solos, etc.).

Conclusiones

El espacio social es construido a partir de determinados parámetros corporales hegemónicos, que objetivan las desigualdades y en el mismo movimiento se niega la pluralidad de cuerpos. Las diferencias objetivas se inscriben en las propiedades que procuran beneficios diferenciales. En este sentido, los espacios habitados, las maneras de habitarlo y hasta la forma en que esos espacios son decorados, se

constituyen en símbolos de distinción, donde se condice el cuerpo con el espacio, ambas formas de inscripción de la posición social.

Específicamente, las diferencias espaciales son incorporadas por los sujetos transfigurándose en gestos, movimientos, marcas, prácticas.

A su vez, el espacio tiene efectos más medibles sobre el cuerpo, por las carencias estructurales que presentan los barrios más pobres y, en correlato, las viviendas (agua, cloacas, pavimentación, alumbrado, cercanía con zonas contaminadas, etc.), donde existe una mayor propensión a determinadas enfermedades o malformaciones debido, por ejemplo, a la exposición a los cambios climáticos, producto de las malas condiciones de habitabilidad (Pagnamento 2007).

Por otra parte, dentro de los efectos menos aprehensibles del espacio sobre el cuerpo, podemos mencionar que éste ayuda a constituir determinadas hexis corporales (Bourdieu, 2007), dando un ejemplo simplificador no es lo mismo transitar cotidianamente sobre piso de tierra que sobre piso de cemento.

Por último, volver a señalar esta especie de espiral donde se construye el espacio a partir de determinadas concepciones hegemónicas del cuerpo y del hombre, a la vez que ese espacio genera diferencias corporales y distinciones en el modo de habitarlo que refuerzan las desigualdades.

Bibliografía

Amarilla Beatriz; Stornini Alberto; Coletti Rebaldo; Gómez Florencia (1996) *Metodología para evaluar el costo de la calidad habitacional*. Laboratorio de investigaciones del territorio y el ambiente. Comisión de Investigaciones científicas de la Provincia de Bs. As.

Aréchaga, Ana Julia (2010) "El cuerpo y las desigualdades sociales. El espiral de la reproducción" en RELACES Nº 2, Año 2, Abril 2010. Versión online <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/52/39>.

Bourdieu, Pierre (2010) "Efectos de lugar" en *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Bourdieu, Pierre (2007) *El sentido práctico*. Taurus, Madrid.

Gazzoli, Ruben (2007) *Vivienda social: investigaciones, ensayos y entrevistas*.
Nobuko, Buenos Aires.

Míguez, Daniel (2002) "Inscripta en la piel y en el alma: cuerpo e identidad en profesionales, pentecostales y jóvenes delincuentes" en *Religião e Sociedade*, Nº1, Vol 22, año 2002.

Pavcovich, Paula Inés (coord) (2006) *El barrio. Lo social hecho espacio*.
Universidad Nacional de Villa María, Villa María.

Pagnamento, Licia; Weingast, Diana (2007) "Pobres, enfermedades y padecimiento: estrategias en el campo de la salud" en Los significados de la pobreza. Coord. Eguía, Ortale. Buenos Aires, Biblos.

Pírez, Pedro (1995) "Actores sociales y gestión de la ciudad", Ciudades No 28, RNIU, México.

Salazar Cruz, Clara Eugenia (1999). *Espacio y vida cotidiana en la ciudad de México*. El colegio de México, México.

Santos, Milton (1996) "Metamorfosis del espacio habitado" Oikos-tau, Barcelona.

Sennett Richard (1997) *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza, Buenos Aires.

Scribano, Adrián (2008) "*Sensaciones, conflictos y cuerpo en argentina después del 2001*" en Espacio Abierto, abril-junio año/vol 17, nº 002. Asociación Venezolana de Sociología. Versión online <http://www.accioncolectiva.com.ar/sitio/documentos/ascribano2008a.pdf>

Soldano, Daniela (2010) "Territorio, asistencia y subjetividad en el Gran Buenos Aires (1999-2004) en *Reconfiguraciones del mundo popular*. (Coord) Kessler; Svampa, Bombal. Prometeo, Buenos Aires

Togneri, (1999) "Aprendizaje, ciudad global y universidad" en Estudios del Hábitat nº 6, La Plata.

9º Congreso Argentino y 4 Latinoamericano de Educación Física y Ciencias
Departamento de Educación Física
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata